

PAMPA



NARRATIVA

3/8/2017

VELÁZQUEZ



Sacó la mano izquierda por la ventanilla con cuidado de no soltar el volante ni de perder de vista la ruta. Se contorsionó como si supiera hacerlo, como si fuera empleado del circo o como si el kinesiólogo le hubiera recomendado sonarse los huesos de la columna vertebral. Quebró la muñeca al estilo camarero y soltó un par de papelitos de caramelo que se deslizaron hacia la nada, al compás de la brisa pampeana.

La radio informaba acerca de la ambivalencia de las divisas internacionales. Inmediatamente, un entusiasmado periodista de espectáculos criticaba la última obra de Christopher Nolan. Ella consideraba que el tráiler de esa película era una joya, que respetaba la esencia de o lo que se debía transmitir en un avance cinematográfico: intriga, suspenso y cohesión narrativa, sin adelantos abruptos, en un minuto y medio. "Lo justo y necesario", dijo para sí.

El otro torció el andar de su auto destartado. Ya había pisado las líneas amarillas en su afán de dejar impecable el interior del Fiat, en detrimento del bienestar de la Pachamama. Serían caramelos de menta con su característico picor persistente, que le devolviera la concentración extraviada entre la premura y el cansancio. Ella a escasos metros, a la misma velocidad, siempre equidistante, observó con atención el caño de escape atado con alambre, la luz de *stop* rota, los plásticos despintados, las calcomanías de Mar de Ajó y Purmamarca. Pudo hacer un análisis fidedigno del estado de aquel coche gracias a su abultado sentido de la precaución, y su miedo inherente a no saber resolver una situación inesperada.

Un control de la policía caminera los aguardaba unos kilómetros más adelante. Las inspecciones ruterías provocan ansiedad, pero ella la tenía dominada gracias a su instinto previsor: se aferró al manubrio de cuero ecológico mientras disminuía suavemente la velocidad. Los cambios se hacían solos. El motor ya a dos mil vueltas, el volumen en *mute*, la mirada fija clavada en el cartel más cercano, el semblante impertérrito. Se le ocurría pensar cómo serían los rituales que implementaría, en estas situaciones donde hay que demostrar extremo civismo, el muchacho del Fiat que la aventajaba desde Santa Rosa. Las autoridades no detuvieron a ninguno de los dos vehículos, pero cuando pasaron por al lado del ignoto guardia de tránsito -una mano firme perpendicular a la cabeza, la otra flexionándose continuamente para indicar el avance con calma- se sintieron observados, juzgados y hasta culpables. "Después de todo" -pensó ella- "el del Fiat tiró papelitos en la ruta", y cerró su justificación sin precisar un aval ajeno.

El sol dibujaba cosas en todos los puntos cardinales, derretía la brea y aliviaba a los ilusos. Viajar por La Pampa puede representar una odisea digna de los aventureros de antaño o bien transformarse en una tortura que se extiende durante horas, gracias al aburrimiento y al sueño inducido por el panorama árido. Unos insoportables doscientos noventa y pico de kilómetros se abren paso, desde General Acha y en

cualquier horario y bajo cualquier luna, entre la piedra y la tierra seca hacia el cielo y la civilización lejanos.

Los poetas, los trovadores, las artistas plásticas le deben a la ruta nacional 152 muchas de sus creaciones, productos de la profunda y mordaz introspección que acaece entre los expedicionarios de corte más filosófico. En cambio los abuelos, las novias histéricas, los niños nacidos en el nuevo milenio no quieren ni por asomo tomar el camino más largo: bregan por pasajes de avión accesibles, optan por llegadas más veloces, vuelos fugaces y a otra cosa. Son formas de ver la vida.

Ella, sumida en el aletargado sueño adolescente de sus últimos diez años, lanzada a la peregrinación interior quizás buscando alentar algo que tardaba en llegar, se proveyó de una serie de elementos indispensables para afrontar la nada: rueda de auxilio bien inflada, toneladas de agua mineral repartida en botellas de quinientos mililitros (para engañar a la percepción y no saciarse antes de ingerir la cantidad que recomiendan los médicos), chaleco reflector, matafuegos homologado, chicles, lentes de sol, mucho dinero. A los treinta y cinco años, con la algarabía que confiere el ejercer el rol cívico en las urnas, pegó el portazo de la casa de sus padres y se encomendó al rastreo de los chamanes del sur del país, herejes para la escolástica ortodoxa. Los brujos la aguardaban con sus designios, con sus caprichos, para que todo tenga más sentido.

Las andanzas espirituales desconocen los dogmas modernos y, sobre todo, flexibilizan los regimenes de la consciencia: no importa quién solventa los gastos. Ella pidió prestado el auto de su mamá, ante las enarcadas cejas de su padre, y nunca más volvería para saldar su deuda.

No podía parar de pensar, sin embargo, en la desidia de aquel hombre que sin pretenderlo la guiaba por las interminables rectas entre las sierras pampeanas. No tan altas ni tan mentadas como las de Córdoba, pero sierras de un rigor etimológico encomiable. Con tantas bolsas de friselina que regalan los comercios, de esas que se cuelgan en la palanca de cambios y hacen las veces de basurero, él eligió a la sazón ensuciar el planeta. Ella refrendaba su moral ecologista. De nada sirve tanta conciencia amistosa-culposa para con el medio ambiente. Toneladas de papel moneda procesadas, distribuidas luego en formatos varios. Ni la televisión ni la radio ni las revistas. Un comportamiento rebelde y a la mierda la responsabilidad social empresaria.

En el año 2007, las elecciones presidenciales en la siempre turbulenta Argentina fabricaron vencedores y vencidos, dejadez en el orden y la limpieza. Polución propagandística, las alcantarillas, los caños de desagüe, las zanjas, los campos, los postes de luz... tapados de tierra y de tinta, cubiertos de diarios y engrudo.

Nada importaba más que los hechos de ese presente laxo, escueto. Ella pisó un papelito de los que había lanzado el tipo de adelante, el del Fiat roñoso, y fue una catástrofe. No era usual en ella esa clase de pensamiento, ese que juzga con sorna y desdén, pero la fiaca se las había arreglado para jugar con su imaginación. ¿Hacia dónde iría esa basurita? El aburrimiento hace estragos en el raciocinio, y de momento para ella todo era conflicto de clases según el auto que manejara cada uno. Qué tal si después de la erosión y del propio paso del tiempo, aquel desecho se encontrara con otros congéneres, con otros papeles desdichados en abandono, por ahí donde nadie transita, hacia donde nadie osa mirar. Y si pudieran volver a vengarse, ¿qué pasaría? Organizados ellos, bajo un epíteto emblemático y conmovedor. Dispuestos a revolucionar el sistema de cosas inventado por los seres humanos.

El silencio, la otredad y el olvido bien le cabían a los envoltorios moribundos, casi tanto como a las campañas políticas. Al final de cuentas, ella también había sido víctima de la influencia de un transistor o de una pantalla, muy a pesar de sus planes de carácter esotérico.

“Cosa rara las elecciones”, afirmó ella mientras su voz se confundía con la de Madonna o tal vez con la de Cindy Lauper. Últimamente, sufría la oscilación entre diversos tópicos que se incrementaba a la par de su indignación. Ese *crescendo* no la dejaba nunca finalizar sus entelequias orales. Cuando retornó sobre sus huellas respecto a los papelitos, intentó recordar si había sido en la escuela o en algún taller literario que se familiarizó con un término llamado transfiguración (también procuró chequear si ese era el nombre correcto). Un fenómeno casi exclusivo de la literatura a través del cual una persona o un objeto pueden sentir o convertirse en alguien o algo más. Una idea maravillosa que siempre tenía efectos raros en sus análisis cotidianos. Una excusa más para esquivar tanta normalidad de *after offices* y *happy hours*.

A las siete de la tarde, otras luces transitaban junto a ellos. También dormidas, también risueñas. El compañerismo es vital allí donde no corre el bullicio ni abundan los cursos de bonsái. Uno puede volverse loco o dejarse llevar por la ensordecedora voz de la conciencia y, si bien ella se estereotipaba formateándose cada 2 segundos para hallar atajos hacia el Nirvana, a veces sólo necesitamos cesar, ceder, perder. Si nos topásemos con más gente que se encuentre perdida, lo más factible sería que nos acerquemos más a quiénes somos en realidad. El contraste tiene las de ganar frente a tanta similitud industrial. Por eso la sorprendió de lleno el Fiat, es decir su conductor, cuando *hackeó* el historial que se había formado como espectadora: sin desatender al resto de los choferes, el del Fiat colocó luz de giro y fue bajando la velocidad de forma gradual, casi al ritmo en que el sol se iba despidiendo, lerdo, agonizante, cauteloso como el Fiat que con dos ruedas mordía primero la banquina para luego apoyarse con las cuatro sobre la tierra seca del desierto pampeano.

Ella lo sobrepasó sin prisa y, teniendo en cuenta que alguien podía aparecer súbitamente de frente, miró con atención a quien había sido su única compañía externa en los últimos cien, ciento veinte kilómetros. Fue en vano. El tipo, música fuerte y brazo tatuado, justo se agachó para encender un cigarrillo mientras achinaba los ojos y pitaba profundo, cabeceo al compás mediante.

El individuo caricaturesco del Fiat parecía no tener preocupaciones inmediatas. Sólo mostró compromiso con el entorno para ingresar al Parque Nacional Lihué Calel. Ella aprendió ese dato muchos años después de contar la anécdota y de que el parque la invitara a respirar el aire de las sierras de la vida, del cielo del encuentro.

Su parada no yacía allí; ella sólo atinó a observar los destellos de verde entre tanto color caquí. O quizás sí era el momento de detenerse, pero la indecisión es una enemiga sigilosa de las grandes obras humanas: se la vence y se pasa a la historia, o se la acata y uno se diluye en la ordinariedad.

Ella se reincorporó al carril derecho, agachó la cabeza hasta posicionarla sobre los hombros erguidos y con sus ojos a punto de salirse de los huecos persiguió el trayecto del auto lleno de pegatinas, vacío de pretensión. Aparentemente, el muchacho se había detenido a fumar con tranquilidad. Parado al costado del coche, apoyado en el espacio que configura la parte inferior del capó y el guarda barro delantero. Y ella, incrédula, sólo pudo emitir una cortísima interjección que cortó la tensión existente entre su propio ser y el pino aromático que colgaba y se sacudía bajo el espejo retrovisor.

Durante unos días en Bariloche el viento la hizo reflexionar, pero no le respondió ninguna de las preguntas que había cargado en el baúl. La comunicación con sus familiares y amigos se hacía cada vez más frecuente, al punto de tornarse tediosa; se desdibujaban los diálogos en súplicas de escasos segundos y los textos cargados de abreviaturas en pocos renglones.

Ya no servía el monólogo entre el miedo y la ausencia. El chocolate caliente estaba frío desde su concepción, porque el paladar no admite satisfacción a menos que una esté completa, realizada.

Las respuestas estaban en otro lado, como siempre.

“Las estrellas no existen”, decía, “son bolas de fuego incandescente”, repetía. “Son como yo: de cerca son otra cosa”.

Es 2008 y la ruta se presta límpida a las cuatro de la tarde de un sábado cualquiera. Ella se regocijó minutos antes con un cartel publicitario: “Estás ensuciando tu casa”, rezaba el anuncio de inmensas proporciones al costado de la ruta. La metáfora aludía a un hombre apenas vestido, envuelto en una bata y con las pantuflas puestas, que lee el diario recostado en un sofá mientras arroja al piso un bollo de papel, un papelito

de golosina para mayor rigor. El piso de su sala ahora convertido en pasto y la sala devenida en una selva, desde donde lo observan varios depredadores enfadados, en pose de consorcio. Algún reclamo había llegado a los oídos correctos.

“¿Qué hubiera pensado el tipo del Fiat?”, sopesó.

Una sonrisa triunfal se dibujó en su cara. Puso la luz de giro y viró hacia Lihué Calel, o bien hacia otro destino.